

A modo de prólogo: La voz de los otros.

La idea de que la escritura y la crítica puedan morir y de que esta sentencia sea concebible en sí, pero irreal y ficticia, de hecho, debería bastarnos para no desconfiar del poder absoluto del texto y del pensamiento que descansa en él. Este libro nace de esa confianza, sus páginas se alimentan de altas dosis de pasión y desenfreno, pero también de un profundo amor y respeto hacia aquello que se ha convertido en la razón de mis días. Cómo entender la escritura si no como un acto de interpelación y de desobediencia frente a la doctrina de la futilidad y del acuerdo tácito. *Práctica del exceso* no es otra cosa que la aceptación, definitiva, del placer del texto, el hallazgo, creo, de ese espejismo evanescente que es el estilo. Páginas y letras que se suceden bajo la prefiguración de constantes *rupturas* y *desacuerdos* que se abren a la posibilidad de nuevos advenimientos. Y no hay mayor y más delicioso regalo que la práctica, aunque excesiva, del talento y de la admiración. Por mucho que algunos me aborrezcan y otros mueran en la parálisis de la inaceptación de mi *sino*, otros aprecian el valor de mi ejercicio crítico y no escatiman en elogios que solo puedo aceptar como reto y desafío más no como complacencia narcisista.

Cuanto más se dice y se espera de ti, más tortuosamente responsable ha de ser el resultado de una labor intelectual que deja de entenderse como

un acto íntimo para formar parte de la trama de relaciones sociales y culturales de la que uno es amo y mendigo. En la complacencia y el autoengaño, bien lo saben los asalariados de la escritura y los mediocres sin causa, habita el terror del dogma y el peligro de la esterilidad. La decadencia solo podría ser superada por la búsqueda, quizás ilusoria, de cierta verdad, de cierta honestidad crítica que no comulga con las formulaciones explícitas de esa “comunidad artística” organizada sobre la dramaturgia del cinismo de la cordialidad. Los reaccionarios han empeñado sus esfuerzos en el afán de abdicación de las inquietudes ajenas, dirigen sus discursos hacia la aniquilación del júbilo verbal que escapa de sus estancos modelos de entendimiento y de comprensión. Sin embargo, pese al cansancio que ya me produce el descrédito ajeno (hoy mi resistencia ya no es la de los veinte años), siempre he creído y defendido que el crítico de arte, lo mismo que cualquier otro intelectual de la cultura, ha de ser a la vez un animal reaccionario y revolucionario, viviendo en el límite, por fin, entre el instinto de conservación y el placer por la tragedia. Es en ese umbral, en esa zona conflictiva de declarada tensión, de donde emergen los signos virtuoso de su trabajo y el inequívoco sello dramático de su sino.

Transcurre una buena parte de mi tiempo y de mi vida escribiendo y leyendo sobre los otros, haciendo de esa práctica excesiva que es la interpretación y la lectura, un modo de vivir. Por esta vez, y considerando que resulta siempre sospechosa la tendencia a escribir y decir sobre uno

mismo, aunque muchas veces sea necesario y obligatorio, cederé el espacio de esta rara especie de prólogo a la voz de *los otros*. Es a través de esas voces, también, o únicamente, donde tiene lugar la realización de mi escritura y donde encuentra su razón ese empeño en el que, creo, me va la vida. Infinita gratitud a estos elevados colegas y entrañables amigos que, sin pensarlo, respondieron a la urgencia, celeridad y desenfreno de mi solicitud. Para ellos y para todo lector que halle en estas páginas, cuanto menos, un leve instinto de provocación, mi eterna gratitud.

Unas palabras urgentes sobre un crítico necesario.

Escribo, en esta ocasión, desde la urgencia que responde a la amistad o, mejor, desde un profundo respeto intelectual. Escucho la voz, primero distorsionada y luego cantarina, de Andrés Isaac Santana y, como dice el bolero, "lo dejo todo" para decir un par de obviedades que, acaso, sean oportunas: su escritura es un *acontecimiento excepcional* y su *actitud crítica es ejemplar*. Excepción y ejemplaridad tensan la experiencia vital de alguien que ha tenido que habitar en la distancia y lo precario un deseo radical de seguir diciendo lo que piensa. Señalé, hace no mucho tiempo, que este crítico de arte cumple a la perfección la determinación baudeleriana que exige parcialidad, apasionamiento y compromiso político. Bien entendido que ahí se invita no tanto a cerrar filas en un programa de presunto radicalismo sino, literalmente, a "abrir perspectivas" para volver más

intensa nuestra existencia aunque para ello sea preciso entregarse de modo abismal a lo intempestivo. Desde los primeros textos de Andrés Isaac Santana hasta los que componen este libro siempre ha latido la misma *exigencia* intelectual, el mismo fervor por la palabra, la más frenética búsqueda de aquello que Barthes denominó "el placer del texto". Un paisano de Lezama y Sarduy no puede pasar página a la ligera sobre la *cuestión barroca* que es, en todos los sentidos, un arte de sutileza y variación, de fuga en "el instante de la definición mejor". Asisto, en el muro de facebook, a los momentos gozosos de Andrés cuando cada texto desplegando entonces felices *brindis*, demostrando que después del coito no aparece, como pretende el adagio latino, la tristeza. Admiro el talante jovial de mi amigo, su decisión de continuar escribiendo *a pesar de todo*. Su ejercicio crítico es modélico y singular porque no está protegido en el búnker académico ni pertenece a la tropa de los medradores (pseudo)curatoriales. Es, como saben todos los que le quieren e incluso aquellos que intentan tapar sus inequívocos méritos, un *belicoso* (en el mejor sentido del término, esto es, a la manera nietzscheana) y eso le lleva a no eludir el debate pero siempre con una altura de miras que es, lamento decirlo, infrecuente en el rudo y casoso mundo en el que vivimos. Pero también es, con largueza, un tipo extremadamente cariñoso y sensible, generoso con los logros intelectuales ajenos, uno de los últimos *delicados* que he tenido la dicha de

conocer. Andrés Isaac Santana entrega *todo*, no exagero, en sus textos, mantiene una confianza absoluta en el poder de la escritura, tensa su mirada e inteligencia en relación con las obras de arte que no son para él nunca una mera excusa o la artificiosa ilustración de un concepto. Se habla inercialmente, desde hace décadas, de la muerte de la crítica pero tengo la certeza de que mientras haya escritores tan intensos como Andrés no podremos realizar ese ritual funerario que se demora como si estuviéramos sufriendo el *déjà vu* de una famosa escena del Don Juan. Valga la evocación del seductor que juega en el borde de la muerte para elogiar al crítico de arte que, más allá de la retórica de la melancolía o del "reseñismo" periodístico más romo, mantiene encendida la antorcha del estilo. Si hace unos años tituló uno de sus libros *El Troyano* con lo que tal vez fuera un recuerdo del "estado de sitio" y del miedo que tenemos a los griegos incluso cuando hacen regalos, en esta ocasión recurre a una palabra que, sin ningún género de dudas, le cuadra: el *exceso*. En tiempo desquiciado, cuando escasean las ideas y el oportunismo más burdo hace que los mediocres estén apoltronados en los espacios del poder cultural, la escritura crítica, excepcional y ejemplar (lo repito), de Andrés Isaac Santana es absolutamente necesaria. Bendito exceso.

Fernando Castro Flórez.

Una devoción común me une con Andrés Isaac Santana: Lezama Lima. Como en el autor de *Paradiso*, veo en la escritura exigente y barroca de Andrés la lucha contra el falso ideal de los instintos, o de aquello que Lezama definió como “lo primario en absoluta pureza: caos de caos, maldición inexpresiva, autodestrucción”. Nada peor para un creador, por tanto, que tratar de mantenerse en ese estadio de pensamiento indeciso y caprichoso, allí donde sólo se extiende una tupida red de signos o palabras fáciles, seductores y enfáticos, como monstruos que se despliegan sin pausa en el pentagrama borroso de la subconciencia. Pero tampoco sería la solución el intelecto puro, una especie de desarrollo del conocimiento dialéctico que busca tan sólo el espejo sin respiro de la identidad. Frente a ello, aprecio en Andrés Isaac Santana la humildad precisa y exigente de la imagen, la fijeza de un ajuste o una forma que permita el desarrollo de una vida despierta. “¿Nos contentaremos -escribe Lezama en “Del aprovechamiento poético”- con hundir las manos en las aguas de la poesía y mostrar el primer pececillo, o ir despertando al separar rumores de nieblas y dominio de impresiones fugaces?” Sin duda, es en este despertar que se sitúa el espíritu, la palabra de Andrés Isaac Santana."

Alberto Ruíz de Samaniego

La escritura de Andrés Isaac Santana se ubica en un ángulo opuesto al de esa crítica de arte sometida al dictado de la promoción comercial, la

digresión poética o la anodina superficialidad de la reseña descriptiva. La amplia compilación de ensayos que recoge uno de sus más brillantes libros, *Sin pudor (y penetrados)*, ofrece una audaz cartografía de las artes visuales de su tiempo y, además, revela la capacidad de su autor para insertarse con solidez discursiva en algunas de las principales cuestiones que subyacen en los artefactos culturales contemporáneos. Andrés Isaac Santana interpela y cuestiona la producción artística actual, pero también profundiza en las implicaciones sociales, políticas y estratégicas del hecho expositivo y del marco que ampara el discurso cultural dominante. Desde esta perspectiva multi-focal logra cuestionar los discursos establecidos y dismantelar la estabilidad de las narrativas autorizadas. En definitiva, su escritura se proyecta con incuestionable riesgo para, finalmente, llevar a cabo la compleja tarea de extraer y descifrar inesperados (y a veces incómodos) niveles de sentido para el hecho artístico.

Carlos Delgado Mayordomo

El compromiso erótico con la obra de arte.

Andrés Isaac Santana constituye un caso único, excepcional, dentro de la crítica de arte en castellano. La clave de su escritura la ofrece el propio título de este libro: el “exceso”. Según Bataille, lo excedentario es aquello que desborda el sistema, que lo compromete mediante la inserción de una energía que compromete su exigencia de eficiencia. En la actualidad, la

literatura artística ha caído fatalmente en el conformismo de la productividad: el crítico se amolda cómodamente al perímetro de un análisis que transita por senderos previsibles y económicamente rentables. Pero, en el caso de Andrés, el “exceso” incorpora un generoso margen de compromiso con el objeto de estudio que amplía vertiginosamente las consecuencias del análisis. La interpretación se realiza fuera de los márgenes del estándar del “juicio eficaz”, ligando conceptos inauditos, no calculados, inyectando estados de ánimos que llevan al escritor a abrasarse con las obras que ha de elucidar. En su caso, la clarividencia no implica una distancia, un rigor, una desafección; la lucidez de sus textos surge, antes bien, de la pérdida de toda precaución y confort vital, para transformarse en parte indiferenciada de la urdimbre de aquello explora. Andrés escribe desde la propia textura, mediante una *escritura háptica* que absorbe toda la dimensión conceptual de la obra estudiada en forma de “emociones cognitivas”. Solo el erotismo permite al sujeto conocer la realidad en sus 360º, logrando la utopía cubista de la imagen total. Y, huelga decirlo, si hay un aspecto que define la escritura excesiva de Andrés Isaac Santana, éste es su capacidad erótica para multiplicar los puntos de vista de su análisis y ofrecer una imagen *íntima* de su realidad.

Pedro A. Cruz Sánchez

Referirnos a Andrés Isaac Santana es entrar en un universo singular. Reconocido *enfant terrible* y azote del escenario artístico y de la crítica de arte, Andrés se encuentra, jactándose de ello, entre lo mejor y más granado de la actual compostura literaria en la gestión de esa crítica. Se le une al profundo observador que es, un conocimiento y una capacidad de relación de difícil comparación en nuestras latitudes. Andrés Isaac Santana es capaz de dotar a todos sus textos de un trasfondo cimentado y una serie de referencias únicamente alcanzables por el erudito. Es un torrente y un genio, quizá por eso es tan “especial”, magnífico y alocado, soberbio y torpe, extraordinario y humano. Un lujo imposible de explicar y de difícil encaje en nuestro medio tan empobrecido en lo relativo a pensamiento. Aquí, no asistimos a una verborrea que se justifica en sí misma, que se acaricia ante el espejo, sino ante un prodigio de soltura y capacidad para encontrar nuevos recursos literarios cada vez que deposita sus ojos y palabras sobre la obra de un autor.

José Manuel Ciria

Andrés Isaac no es un crítico de arte al uso. Andrés es un alquimista de las artes visuales y es también un arqueólogo que busca en las ruinas del arte consagrado a esos artistas, pintores muchos, que no encajan o se descubren silenciados por la tiranía del molde de lo hegemónico-establecido. Una mirada suya a una obra y a su artista, revela la

profundamente humano y visceral del proceso creativo, nos levanta el velo del lienzo y nos lleva a pasear por el laberinto de la obra. Su pensamiento y escritura son una especie de terquedad y regalo de luz en un mundo de exterminios y de torpezas.

Ricardo Acosta

Es maravilloso cuando empiezas a leer y el corazón devuelve un fuerte impulso recordándote que estás viva, que te hacen y haces vibrar. Un escalofrío entra en tu interior que te hace erizar cada poro de tu piel y esto es lo que Andrés Isaac ha conseguido con la crítica que hace de mi obra. Casi cerrando los ojos y oyendo sus palabras puedo percibir la esencia de la misma. La riqueza de su lenguaje, que en estos momentos parece que casi lo tenemos olvidado, leemos titulares o resumimos todo en un máximo de 140 caracteres a lo sumo, es un placer y un aporte cultural exquisito, lo barroco que puede parecer a simple vista se envuelve de naturalidad viniendo de él. Es un escritor excepcional. A través de su escritura me ha hecho descubrir a otros artistas, porque él me hizo despertar esa curiosidad. Si todos los textos de arte estuviesen escritos por Andrés Isaac el mundo comprendería mejor su existencia y la necesidad de él. Hay frases que mi memoria quisiera retener para en algún momento poderlo expresar tal cual, pero no, no funciona igual. Sus textos parecen un *puzzle* de miles de piezas que todas encajan a la perfección, sus palabras acarician. Vivo conmovida por los

sentimientos del día a día, expresar lo que siento cuando leo a Andrés me resulta difícil, pero ello me hace esbozar una sonrisa cuando pienso “LO SENTÍ, yo lo VIVÍ”. Él consiguió tocar de nuevo lo más profundo de mi corazón, entendió mi obra y yo a él. Tal y como un día le dije sus palabras hacen que me sienta como uno de mis píxeles lleno de Vida en su lienzo.

África Aycart

Tratar de referirnos a la labor crítica de Andrés Isaac Santana solo puede hacerse desde la alta dosis de pasión que él mismo pone en el empeño de dicha tarea: se escribe como se vive. Ni más ni menos. Una máxima ciertamente provocadora para estos tiempos de cicatería vocacional y que logra que sea la escritura el único foco de atención que guía sus pasos. Se escribe como se vive, repetimos. Y es que el punto de arranque de Andrés no hace tablas con la medianía de quienes piensan la crítica como trampolín para otras cosas –de mayor dignidad, pensarán ellos– ni con quienes se empeñan en hacer piña con la *socialité* integrada del sistema-arte. ¿Verso suelto, entonces? Diría que no. Nada más peligroso que un solitario francotirador. Más bien todo lo contrario, el ejercicio crítico de Andrés apunta a remendar la autoritaria meritocracia que el propio arte impone en cuanto que institución, pero sabiendo que es labor de muchos: de comisarios, de espectadores, de compañeros críticos y, sobre todo, del artista. Porque sin duda que es el máximo respeto por el artista lo que

caracteriza muchos de sus textos. La figura del artista, ninguneado por propios y extraños, siendo como es el último invitado a la fiesta, es lo que antes que cualquier otra cosa celebran y exaltan muchos de sus textos. Más allá de la extrema contemporaneidad de sus textos, más allá del valor de un logrado y afilado estilo en cada propuesta, sobrevuela siempre la obra del artista; una obra plena, libre, inasible a dejarse codificar en fórmulas ya diseñadas. Una obra que, si ha de llamarse arte, ha de esforzarse por dejar de lado todo corsé epistemológico y sistemático que atenace la producción siempre nómada de un sentido que, hemos de convenir, solo es tal en cuanto que voladura de tal supuesto emplazamiento fijo, estable e inmóvil.

Claro está que para ello la crítica de Andrés logra imponerse desde la única autoridad que emana de su escritura. Sin dobleces ni ambigüedades, sin el púlpito que pudiera dar el pedigrí de lo académico y sin ejercer de bulto sospechoso presto a colocarse al sol que más calienta. Escritura, diríamos, sin red. Sabe –sabemos todos los que le seguimos– que tiene una tarea por hacer y que, pese a quien le pese, no hay tiempo que perder. Escritura, por tanto, ritual, concelebrada, escritura como expiación del propio arte de su querencia hacia los lugares comunes. Escritura orgiástica, excesiva –hemos de subrayar, como apunta ya le título de este libro. Escritura en la que le va la vida. En suma, una labor crítica empeñada en quitar paños calientes, en desarbolar un paisaje que nos empeñamos que no nos deje ver el bosque por miedo a que esconda algo que no nos guste. Pero,

¿y qué si no nos gusta? Con mayor razón entonces hemos de propugnar un ejercicio crítico de tales dimensiones, con mayor razón –¿o es que nos conformamos con la medianía?– hemos de apostar todo, el arte y la vida, a una única carta. Y escribo esto, sinceramente, con envidia. Porque, ¿y hay quién dice que la crítica de arte está muerta, que no es necesaria? Sólo con que sea capaz de empujarnos hacia emplazamientos que pensábamos ya abnegados por la mercadotecnia, el espectáculo y la mediocridad basta y sobra. Aparte de otros logros, Andrés Isaac Santana nos pone sobre esa pista que a todos nos cuesta descubrir entre la maleza de un paisaje ya en ruina: que vida y arte van de la mano, que no puede haber escritura digna que no se empeñe en beberse ambos –vida y arte– a sorbos.

¿Nos atreveremos a tanto? Ciertamente que Andrés sí.

Javier González Panizo

Escritura, abismo y resurrección.

Un maestro que tuvimos en común, un gran crítico de cine y teórico del arte, decía que la sinceridad suele ser escandalosa. El ejercicio del criterio, sobrellevado con honestidad intelectual, entraña un compromiso y una responsabilidad que son difíciles de sostener y que exigen del crítico sacrificio y entereza, seguridad y orgullo. La escritura crítica en tiempos donde se han borrado las fronteras entre los diferentes poderes que regulan el campo del arte contemporáneo, deviene una práctica profesional de

riesgo, que lejos de propiciar un lugar de encuentro para el pensamiento teórico y la producción visual, viene definiendo espacios de exclusión y marginalidad. La crítica de arte, al menos la que se desempeña en determinados contextos geopolíticos, no posee hoy un estatuto de autoridad. En un sector mediatizado por las continuas negociaciones entre la Institución Arte, la política y el mercado, la figura de un crítico como Andrés Isaac Santana tiende a convertirse en un agente incómodo, que perturba la complacencia y los pactos entre unos y otros.

Andrés siempre ha sido un personaje contestatario. Desde aquellos días en que se formaba en las aulas de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, a finales del siglo XX, solía descolocar a sus interlocutores, incluyendo a los profesores, desatendiendo jerarquías y parapetos académicos. Su prosa ha transitado desde el rebuscamiento teórico de finales de los años noventa, hacia una retórica pulsional y pasional en la que adjetivos como visceral y promiscuo -recurrentes en sus textos- hacen un guiño a la naturaleza misma del autor. Y es que en su escritura se pueden leer las claves de una ontología personal en las que cuerpo y subjetividad están indexados para desvelar el lugar de enunciación del crítico. Hubo un tiempo de impaciencia y ambición profesional en el pasado que ha cedido paso a una madurez que no es más calmada, pero que se articula desde la experiencia, el oficio y una redimensionada sensibilidad para observar, analizar y comprender las

derivas de la cultura visual contemporánea. Andrés escribe como vive, al límite. No quiere renunciar al estrecho privilegio de esa minúscula libertad que constituye la exégesis de la obra de arte y de los procesos de administración del capital simbólico; aunque sea consciente del enorme costo que ello significa. Su verbo ha desterrado el paternalismo y eso ha implicado en su trayectoria laboral situaciones complejas y violentas.

Los que andamos por estos tortuosos y precarios caminos de la crítica de arte, sabemos que pocos logran subsistir a través de la escritura. Sin embargo, cuando alguien como Andrés Isaac Santana apuesta todo en ese momento de éxtasis que encarna la traducción de las imágenes al lenguaje de la teoría y la crítica, entendemos la dimensión política de un pensamiento que se erige más allá de la simple interpretación del objeto o el proceso creativo. Quizás podemos convenir que el texto crítico en la posición hermenéutica que describe la propuesta ensayística de Andrés Isaac Santana, interpela el *status* de las imágenes en el presente y ayuda a comprender la función que éstas tienen dentro de la sociedad civil.

Suset Sánchez.

Práctica del exceso, este es un título para un libro, que puede atrapar o asustar, o las dos cosas a la vez. Andrés Isaac Santana se retrata en este título, su agudeza empieza en la mirada, viaja desde su epidermis a su alma en un recorrido de ida y de vuelta. Escribe desde la libertad y, a la vez,

desde el rigor basado en los múltiples universalismos que nos constituyen. Andrés compone sus textos con “rigor emocional”, entregándonos no solo un análisis de lo que observa, también nos entrega la acción directa, la actuación de quien se siente protagonista de la obra, por el mero hecho de reflexionarla, de poseerla de alguna manera y devolvérsela digerida por el análisis, por los sentidos de quien necesita el arte para vivir. Pretende en sus textos, lo divino y lo humano, la excelencia y el fango en su totalidad. No nos deja impasibles, nos obliga a tomar postura, nos incomoda hasta hacernos pensar, nos dice que el arte no solo se mira, o se escucha, sino que esencialmente se siente hasta crear, y creer, que es posible moverse. Articula una crítica constructiva y para nada complaciente. Ejercita una mirada libre y esto le valida en su argumento y destreza. *Practica del exceso* es un título inquietante, irreverente quizás, pero valiente por el riesgo de ser destruido. El arte ha de ser riesgo que incendie los sentidos para descubrirnos que no somos solo una especie de INCIERTO PASIONAL, quizás así sea posible.

Pedro Castrortega

Andrés me pide que escriba unas líneas de preámbulo para su nuevo libro y me pone en un gran aprieto. Y no por falta de ganas de responder a su pedido, ni por falta de amor, que es mucho el que siento por él, sino por cuenta del formidable escollo que representa el hecho de que si los

escritores de lengua castellana solo podemos ser quevedianos o gongorinos -como sentenció Borges- ¿cómo puede un quevediano como yo escribir sobre un gongorino como es él? Yo, que me sentí de antemano descalificado para hacerlo cuando leí en el apasionado ensayo que dedicó a África Aycart y a su pintura, que “la medida, virtud recomendada a los críticos asalariados de la gramática cartesiana, no es un valor que la artista y yo compartimos. En su defecto, nos puede la exageración, la hipérbole barroca, el ademán reactivo frente a la pose organizada y estéril”. Si, lo confieso con todas las letras: soy un asalariado de la gramática cartesiana, un convencido, junto con Borges de que Quevedo no es un escritor sino “una vasta literatura” y que para más vejamen padece cada vez y ante cada frase inconclusa la tortura inerrable de rebuscar en el fondo de mi memoria la *mot juste*, la palabra justa flaubertiana, que demanda, que exige, el redondeo de la frase. Y mira que he escrito, con desigual fortuna, miles y miles de frases.

Pero si a pesar de tamaña dificultad me he puesto a escribir lo que estoy escribiendo es no solo por el amor que siento por Andrés Isaac sino porque su prosa lezamiana me deslumbra sin paliativos y porque pienso que es uno de los críticos más agudos e inteligentes entre todos que ahora mismo ejercemos la crítica de arte en España y en América Latina. Y porque ha sido capaz de demostrar su prosa -que a un quevediano le pueda resultar excesiva- es un medio absolutamente privilegiado para el despliegue las

intuiciones más felices y un instrumento muy apropiado para auscultar el corazón palpitante de la obra de arte. Ese cuyo tono y cuyo ritmo les resulta tan esquivo a la gramática cartesiana.

Carlos Jiménez

Amanecer tropical: El Despertar de una nueva escritura.

EL ESCRITOR que es hoy Andrés Isaac Santana Niebla tiene, más allá de un origen cierto y narrable, un nacimiento orgánico y mágico a suerte de paralelo con una primigenia Estrella. Algo le vino dado ya por maternal descendencia: la Niebla en su segundo apellido y con ella, los átomos de hidrógeno que, en sublime reacción conforman, junto a infinitos elementos -físicos, químicos, educacionales, psicológicos, sociales, académicos, culturales, etc.- el despertar de su luminosa escritura. EL HOMBRE del cual escribo hoy, lo conocí a la luz de un amanecer tropical entre las verticales líneas de una biblioteca, lo cual en este instante se revela como una suerte de suceso que marca el kilómetro cero entre las coincidencias místicas de su ser, mi ser y su hacer escritural. EL SER INTELECTUAL que en él habita yo lo vi llegar muy de prisa; todo ocurrió tan velozmente como solo ocurre en los fenómenos de la luz; su primer texto lo recuerdo como una vertiginosa pubertad donde todo es demasiado, pero esencialmente útil para una larga y evolutiva existencia. En el último año, cada texto suyo supera el tratamiento armónico del anterior, dándole a

su línea escritural una belleza cada vez más ligera y equilibrada. Su forma de atacar el teclado es fuerte como si quisiera atrapar rápidas melodías que le llegan del ser originario que le habita, pero cuando puedes leer las notas de su narrativa, percibes que esa fuerza aparentemente invariable se ha transformado en eruditos matices y diferencias sutiles que equilibran dentro del conjunto escritural el peso de las más acusadas repeticiones de términos casi fundacionales de su decir.

EL CRÍTICO DE ARTE es un fragmento minúsculo de un metal precioso constitutivo del asteroide que le dio vida. Hacer crítica de arte solo es pretexto inconsciente para articular palabras, sintagmas e ideas. Todos sabemos que las artes visuales le apasionan y que su vocación por la imagen brotó entre “crayolas” y folios en blanco cuando apenas solo conocía el anhelado olor de los efluvios de su irrepetible mamá. Él puede hacer un insuperable discurso de cualquier material narrable, pues su secreto es la libertad para elegir el punto con el cual tejer las inagotables ideas de su Ave María concebido; su rezo nadie lo había escuchado antes, pero a lo largo de los días, de los meses, de los años la gente lo ha ido aprehendiendo y hasta copiando porque es un creador de imágenes, de sensaciones, de emociones, de dictados lúcidos sobre el arte y la cultura, es un cerebro de artista, iluminado por un amanecer tropical, por una luz cósmica, por una reacción química en la que no se puede encontrar proporción alguna entre causa y efecto. EL HUMILDE Y DIVERTIDO

Andrés, para muchos Isaac tuvo la suerte de un maestro que le enseñó, a raíz de un incidente doméstico, a no reconocer rivales y hasta los días de hoy ha cumplido con ardoroso decoro y extenuante esfuerzo esta valiosa máxima. El *homoerotismo*, en tanto que categoría estética, fue esa bendita deidad que se alojó en su cabeza para hacerle fundar una escritura que pudo haber tenido, en sus inicios, tinta de otras plumas, pero en su desvelo por atrapar todo el conocimiento de los procesos artísticos a diferentes niveles, le han convertido en un talento sorprendente y genio escritural. EL NENE, como le dice su único hermano de sangre y yo que lo pretendo, es hoy alabado por su inspiración y buen gusto a la hora de ilustrar su pensamiento sobre el material artístico y sus autores, también no falta quien objeta sobre posibles defectos personales y estilísticos, sin embargo, nunca nadie podrá quitarle, literalmente, la férrea voluntad y el indomable deseo audaz, de haber arribado al despertar de una nueva escritura.

Alfredo Valdés